

servicio a cuantos, profesores y alumnos, se interesan por el lenguaje neotestamentario.

SANTIAGO AUSÍN

Isidro GOMA, *El Evangelio según San Mateo (14-28)*, Madrid, Ed. Maro-va ("Christus hodie", III/2), 1976, XV + 783 pp., 16 × 20.

El A. comienza refiriéndose al primer volumen de esta obra, y como entonces "ofrece y pide a quien lo toma en sus manos sintonía de espíritu, docilidad al método, idea clara de intención y límite del trabajo. Presupone la fe en la Palabra de Dios, con esperanza y deseo de penetrar en su conocimiento". Con estas palabras se introduce ya el aire limpio y sereno que en todo libro, de ordinario, se respira. Forma parte de la colección "Christus hodie", correspondiente a un antiguo proyecto de publicar un comentario en castellano a todo el Nuevo Testamento.

Se comienza con el capítulo VIII que comprende la traducción y comentario a los capítulos 14 a 16,20 del evangelio. Los otros siete primeros capítulos de la obra están en el primer volumen. El contenido de este capítulo VIII viene titulado "Prueba, discernimiento, decisión y expresión de la fe en el Mesías". Tiene también un subtítulo que ayuda a comprender el contenido total: "La comunidad de creyentes en perspectiva". El capítulo IX abarca de Mt 16,21 a 20,16. El título y subtítulo dice así: "El camino de los discípulos seguidores de Cristo bajo el signo de la cruz. (Directorio ascético-pastoral de la comunidad de creyentes)". El capítulo X comprende de Mt 20,17 a 23,39. Trata de "La subida a Jerusalén. El Hijo de David, Mesías-Rey de los humildes, visita, interpela y juzga a su ciudad". El capítulo XI (Mt 24,1-25,46) habla de la "Profecía y exhortación escatológica. La comunidad de los elegidos espera la venida del Señor en perseverante fidelidad activa de amor y servicio". El capítulo XII estudia Mt 26-27 con el título de "Crucificado. Acta del martirio de Jesús". Finalmente el capítulo XIII, "Resucitó al tercer día. Anuncio, manifestación y presencia de Jesús resucitado", abarca el último capítulo de San Mateo. A continuación viene un apéndice dedicado a bibliografía general, para terminar con un índice analítico.

Una de las características del comentario es su amplitud y su buen decir, aunque a veces repite algunas imágenes o metáforas, al igual que hiciera en el primer volumen, que resultan un tanto manidas (por ej. "paso a nivel", "escenografía", etc.). También es de destacar su abundante y actualizada bibliografía que inserta después de cada capítulo, aparte de la general a la que antes nos referíamos. Aporta tam-

bién bibliografía a los trece primeros capítulos del primer volumen. Sin embargo, se suele dar sin valorarla ni doctrinal ni científicamente, lo cual hubiera sido de desear, dado el actual panorama de publicaciones un tanto inútiles, cuando no dañinas. En cuanto al índice analítico es bastante incompleto, faltando en él conceptos tan fundamentales como "Reino", "Mesianismo", "Primado", etc. Se echa también en falta un índice de citas bíblicas, así como un índice litúrgico que podría ayudar en la preparación de las homilias sobre el primer evangelio. Por el estilo creemos que es una obra para el gran público, pues a veces considera al lector carente de nociones tan elementales como conocer lo que significa y es la versión de los LXX, o necesitado de saber el modo ordinario de citar los libros sagrados. Así dedica casi dos páginas, XIV y XV, a explicar cuestiones que cualquier lector algo cultivado conoce.

Otro dato a reseñar en sentido negativo es la ausencia casi total de la exégesis patristica. Prácticamente sólo una vez se acude a los Padres: para ubicar el monte Tabor (cfr. p. 150). Sin embargo, se suele recurrir a la literatura parabíblica con cierta frecuencia (cfr. p. 315, 337, 474, 482, 531, etc.). Lo cual es loable y útil, pero insuficiente.

En ocasiones el comentario nos resulta incompleto. Así cuando trata el tema de los "hermanos o parientes" de Jesús en p. 14, o al estudiar Mt 28,19 en que se destaca poco la fórmula del Bautismo y su contenido claramente trinitario.

Ello no obsta para que subraye cuestiones de interés con claridad y firmeza. Así resalta la divinidad de Jesucristo, y al tratar del título "Hijo del Hombre" afirma que fue una "sigla de autodefinción en la línea pedagógica, lentamente progresiva, que siguió para revelar su personalidad... La soberanía de este Reino viene personificada en una figura *humana*, en contraste con los precedentes símbolos de animales monstruosos. Dicha personificación, a la vez humana, es también trascendente y divina..." (p. 85-86). En el mismo sentido se pronuncia en las p. 89 y 419. Sin embargo, al hablar de la destrucción del Templo hay momentos en los que parece dejarse llevar por la opinión de quienes piensan que se trata de una profecía "ex eventu". Es verdad que se muestra contrario a esa corriente al decir que, de haber sido así, "la predicción se hubiera redactado de tal manera que respondiese mejor a la situación real" (p. 492). Pero a continuación viene a decir que en lugar de una profecía, las palabras del Señor "podrían considerarse como previsión de una mente serena, que intuye a distancia las consecuencias de una política de liberación nacional puesta en marcha sin guías inteligentes que la mantengan en un cauce de posibilismo; los procedimientos habituales del Imperio ante situaciones análogas permitían anunciar un futuro próximo muy peligroso para Israel" (p. 492).

En el tema de la unidad indisoluble del matrimonio se muestra claramente en favor de la enseñanza tradicional de la Iglesia. Así afirma en Mt 19,8 que “si el ordenamiento legal del ‘repudio’, atribuido a Moisés, había abierto un paréntesis, Cristo proclama que es hora de cerrarlo. El condicionamiento que lo determinó, no debe darse en el orden cristiano” (p. 239). Del inciso mateano del v. 9 dice que “resultaría sorprendente que el *inciso parenético* exclusivo de Mateo (5,32 y 19,9) contradijese la doctrina analizada en los dos apartados precedentes, aun en la suposición, generalmente admitida, de que no proceda de Jesús sino del ambiente ‘eclesiástico’ del redactor. Desautorizaría la afirmación del versículo 6; reduciría prácticamente la figura del Maestro a la de un simple discípulo de Schammai; haría incomprensible la reacción de ‘los discípulos’ en el versículo 10” (p. 243). Un poco más adelante explica el sentido del *pornéia* del original griego, considerando que de ninguna manera se refiere al adulterio, como algunos traducen, sino más bien “a las uniones ilegítimas prohibidas por el Levítico (cap. 18), que, aparte su condición de ‘impureza legal’, constituyen situaciones de inmoralidad ofensivas a una conciencia honesta” (p. 244). Por tanto, el inciso más que una excepción es una confirmación de la doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio, tan distinto de una unión concubinaría que no sólo se podía disolver, sino que se debía deshacer. La doctrina del Señor era totalmente nueva respecto a la práctica divorcista del momento histórico. De ahí el asombro de los discípulos que opinan que de ese modo era mejor no casarse (19,11). Por otra parte, “la paradoja de un matrimonio indisoluble brindaba la oportunidad de proponer otra paradoja no menos sorprendente para la mayor parte de sus contemporáneos: la de renunciar al matrimonio por un ideal puramente religioso. Los discípulos han aceptado la precedente enseñanza de Jesús, y les arredra el heroísmo que exige. Para rehuirlo sugieren un motivo seguramente egoísta. Su intervención sirve de entrada redaccional a un nuevo tema, que, formulado llanamente, podría haberse expresado diciendo: ‘la condición del célibe es, en algún aspecto mejor (*symphérei*) que la del que contrae matrimonio’. El espíritu con que los discípulos manifiestan su parecer no está a la altura del Evangelio; el Señor lo acepta, elevando el punto de mira a la única motivación digna de quienes le siguen” (p. 246).

En la exégesis al capítulo 16 da por supuesta la integridad del texto referente al primado de Pedro. Quizá debiera haber aportado algunos datos de la crítica textual en este importante pasaje. Se echa también de menos alguna referencia más explícita de la interpretación del Magisterio, especialmente la del Vaticano I en pro de la primacía e infalibilidad del Sumo Pontífice. Lo que no quiere decir que no sea correcta la interpretación presentada: “No tiene nada de ajeno a la

mentalidad bíblica que la prolongación de la edad apostólica (el paréntesis entre la Resurrección y la Parusía) a través del tiempo de la Iglesia, incluya la prolongación del oficio y servicio de *Kêfa* no como un simple recuerdo o abstracción ideal, sino actualizado en un hombre concreto. Será el Espíritu de Dios presente en su Pueblo quien manifestará, a través de la conciencia y los hechos de la Iglesia, por qué cauce concreto y verificable se harán presentes y novedad hasta el fin de los tiempos las palabras del 'himno petrino', que el mismo Espíritu sigue dirigiendo en el Evangelio perenne a la Roca que no puede morir" (p. 113).

En varias ocasiones aborda el tema de la historicidad del evangelio. Así al hablar de la reacción de los paisanos de Jesús ante su sabiduría y doctrina. "Nada más humano en su vulgaridad que la manera de reaccionar de sus paisanos, tanto en la admiración como en la crítica. De haberla creado la imaginación de los catequistas, esta instantánea biográfica no sería tan realista" (p. 10). Cuando explica el pasaje de la muerte del Bautista afirma que "la repulsiva escena no desdice de la historia de Herodes, que había aprendido del fundador de la dinastía a eliminar con el asesinato cualquier sombra de enemigo" (p. 23). También toca el tema cuando habla de la Resurrección de Jesús: "Este último capítulo de los Evangelios escritos no se ajusta a ningún pre-esquema de género literario. No es "leyenda" ni "mito". Es la constatación sincera, y como tal histórica, de una experiencia objetiva nueva y única traducida a formas catequéticas" (p. 691-692).

Con acierto señala también que en Mt 25 al narrar el Señor la escena del Juicio final los ejemplos aducidos por el texto no significan una numeración exhaustiva de las obras sometidas a dicho Juicio "Esta lista de seis ejemplos del amor en acto no está cerrada. Como otras enumeraciones ejemplificativas (vgr. 19,18s), es signo y expresión retórica de la totalidad. En nuestra compleja vida de relación humana hay innumerables maneras de alimentar, vestir y visitar a Cristo" (p. 577). También se refiere discretamente a las interpretaciones reduccionistas que este pasaje ha sufrido: "Su inagotable fuerza sugestiva ha suscitado, por otra parte, nuevas e interesantes reflexiones entre algunos pensadores de estos últimos años, a nivel de espiritualidad, de psicología humanista y social, de problemática de la relación entre el creer y el obrar; reflexiones ciertamente hermosas, aunque no siempre dentro de una correcta línea exegética" (p. 582).

En resumen podemos decir que se trata de un buen comentario, fruto de una larga tarea docente y de investigación.